

La ciudad de Toledo.

Perspectivas

En una ciudad de las características de Toledo la presencia de tejidos históricos, así como su relación con el resto del crecimiento exterior, constituye un punto de referencia inexcusable para el análisis de la situación actual. Hay que tener presente que, hasta hace poco tiempo, la práctica totalidad de la ciudad estaba reclusa en su recinto amurallado.

La peculiar disposición geográfica de Toledo ha sido, sin duda, uno de los antecedentes que mejor explican el permanente protagonismo de la ciudad en tiempos en los que los criterios defensivos y extratágicos adquirieron gran importancia en la articulación de la red urbana.

El río Tajo discurre en su tramo medio, entre Aranjuez y Talavera, por un amplio valle de dirección este-oeste y de sección asimétrica, más abrupto en el lado meridional, donde lo flanquea una meseta cristalina.

El actual emplazamiento de la ciudad surge cuando el río penetra puntualmente en dicho macizo y deja una muela rocosa aislada del resto de la plataforma, por el cauce del río y de la vega, por un importante escalón orográfico. Esta singular ubicación determinó en gran medida la predisposición de Toledo para asumir un importante *rol* de control del territorio en la meseta meridional, que se plasmó en su continuidad histórica en las etapas romana, visigótica, califal, taifal y cristiana con el rango de ciudad imperial y elemento clave en el devenir histórico de la península ibérica. El organismo urbano se mantuvo siempre en la acrópolis fortificada, con pequeños establecimientos complementarios en la vega colindante de su flanco norte.

Esta dependencia del eje tangencial que constituye el valle del Tajo se manifiesta con claridad en la estructura urbana de la propia ciudad murada, cuyos accesos principales están en el lado norte –puerta de Bisagra y puerta del Cambrón– y cuyo eje urbano principal es la línea que une ambos puntos: Bisagra, Zocodover, calle del Comercio, Catedral, Ayuntamiento, Santo Tomé, judería, San Juan de los Reyes, puerta del Cambrón.

El crecimiento extramuros se desarrolla de un modo sustancial con pos-

terioridad a la Guerra Civil. Se genera un primer ensanche a partir del Hospital de Tavera y de las vías de comunicación con Madrid y Ávila, sobre la zona más elevada de la vega, fuera de los terrenos de mayor intensidad agrícola o sometidos al régimen del cauce del río.

Este primer ensanche comprende los barrios de Reconquista, Santa Teresa y Palomarejos. En su extremo surgen los polígonos residenciales de Buenavista y Vistahermosa que, junto con los arrabales menores en torno al camino de Madrid, constituyen la expansión urbana más coherente. Todo este conjunto, que actualmente es el de mayor población de la ciudad, no es un organismo continuo, sino un mosaico de unidades urbanas yuxtapuestas y articuladas entre sí por el viario. Su perímetro exterior se abre en abanico desde el punto de contacto con los tejidos históricos, junto al hospital de Tavera –zona de puerta de Bisagra– hacia el norte, donde se desarrolla con amplitud.

Está flanqueado en su margen oriental por la vega de Safont y en el occidental por la parte más extensa de la vega. Este último terreno aún hoy se mantiene sin urbanizar, en parte debido a la propiedad de los terrenos de la Fábrica de Armas, y en parte por la protección del entorno del yacimiento arqueológico del Circo Romano. Este gran vacío urbano ha supuesto una importante ruptura con la continuidad física de la ciudad, pero ha posibilitado el mantenimiento íntegro del paisaje urbano de la ciudad histórica, no sólo por los flancos este, sur y oeste, en que aparece ceñida por el Tajo y el abrupto paisaje rocoso de los Cigarrales, sino también por el norte con la conservación sustancial del paisaje de la vega.

Otra expansión de la ciudad se produce en la margen izquierda del río, sobre la falda del macizo rocoso que se extiende al este de la ciudad, entre el puente de Alcántara y la estación de ferrocarril, al pie de la Academia de Infantería. Es una expansión que tiene antecedentes desde la segunda mitad del siglo XIX y crece paulatinamente a lo largo de la presente centuria según un trazado de menor rigurosidad formal que el área anteriormente señalada.

En los últimos veinte años se ha producido una última expansión urbana de manera semejante a otras ciudades del mismo rango demográfico que Toledo. Ha consistido en la creación de un polígono residencial, en la actualidad con una población de catorce mil habitantes, con origen en un polígono mixto industrial-residencial de descongestión de Madrid, de promoción pública y situado a ocho kilómetros al este de la ciudad, en terrenos llanos del valle del Tajo y totalmente aislados espacialmente del continuo urbano de la ciudad existente.

La evolución de la distribución de la población es muy significativa, pues en 1950 la población tenía poco más de cuarenta mil habitantes, mientras el

centro histórico alcanzaba una población de más de veintinueve mil, lo que suponía un porcentaje del 75 por 100 del total. En 1981, sobre un total cercano a cincuenta y ocho mil habitantes, el casco histórico tenía más de diecisiete mil cuatrocientos habitantes. La población del conjunto de barrios del Ensanche, en torno a las carreteras de Madrid y Ávila, era de veintitrés mil habitantes; Santa Bárbara, nueve mil trescientos y el polígono, cinco mil ochocientos habitantes. En la actualidad, el casco histórico de la ciudad alcanza los diez mil habitantes frente a los sesenta y cinco mil de toda la ciudad, lo que supone escasamente un 15 por 100.

La existencia de este organismo urbano tan poco coherente desde el punto de vista espacial –para su población tiene una superficie de más de mil seiscientas hectáreas–, es una de las situaciones que aparecen trascendentales en la organización futura de la ciudad.

Toledo había sufrido en los últimos siglos la evolución característica de muchas ciudades históricas de tamaño medio, cuyo origen debía mucho más a su emplazamiento estratégico que a su vocación comercial. Un estancamiento relativo en su progresión demográfica; una vitalidad, y no muy potente, mantenida por su condición de capital de provincia, y un enorme peso de sus vinculaciones históricas.

En la actualidad, diversos factores están contribuyendo a un cambio en la progresión de la ciudad y tendiendo a incrementar su potencialidad. Por un lado, su nueva situación como capital de la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha, con las sedes del Gobierno y del Parlamento regional, así como los edificios de las diversas consejerías. Por otro lado, su rango de ciudad universitaria que aporta una gran vitalidad a la diversidad funcional existente. También se advierte la creciente demanda turística, que se centra sobre los tejidos históricos y que supone una fuente económica estable y progresiva.

Este nuevo papel rector de la ciudad en el marco territorial ha supuesto un importante soporte funcional, pero sólo un moderado crecimiento demográfico, que se manifiesta en su actual población, a la que hay que añadir una pequeña proporción de personas que trabajan en la ciudad y viven en los pueblos cercanos, cuyo resultado es la formación de una incipiente corona metropolitana.

No obstante, la dimensión y escala de la ciudad, difícilmente puede compatibilizar adecuadamente una estructura urbana tan desagregada espacialmente con una estructura de centros extremadamente disociada. Hasta hace escasas décadas, el conjunto amurallado constituía no sólo el centro urbano, sino la totalidad de la ciudad. Su papel rector se ha mantenido con carácter exclusivo hasta hace poco tiempo. Sin embargo, el crecimiento del ensanche y el creciente desequilibrio demográfico en favor de este último

respecto al centro histórico ha conllevado la génesis de un segundo centro, de carácter económico, comercial y residencial, con el complemento de equipamiento correspondiente.

Ello ha producido una dualidad de centros en la ciudad: el institucional y administrativo en la parte alta; el comercial y dotacional en la parte baja. En los últimos tiempos el centro histórico ha asumido las sedes de las instituciones regionales y, en parte, las universitarias. Se configura, de este modo, una dualidad funcional: el casco histórico como centro institucional de vocación regional, y un incipiente centro en el ensanche, que tiende a sumir el carácter de elemento rector de la ciudad en cuanto a su vitalidad cotidiana, aunque se mantiene todavía una fuerte dependencia de todos los sectores de la ciudad con respecto al recinto amurallado.

El problema puede surgir de la gran distancia física existente entre ambos centros, acrecentada por el importante desnivel existente. Con la aparición del nuevo polígono residencial, tan alejado del continuo urbano tradicional, el problema de la disgregación del centro urbano se agudiza, pues, dada la distancia que separa a ambos núcleos, el propio polígono generará un nuevo centro urbano, al menos en lo referente al contenido comercial y dotacional.

De esta estructura así generada, con una serie de organismos urbanos dependientes entre sí, pero disociados espacialmente, surgen dos grandes problemas en relación al futuro. Uno de ellos es de carácter global de la ciudad. Consiste en cómo articular una estructura general –de infraestructura, de equipamientos, de centralidad– que aglutine estos tejidos de tan diverso origen, función y naturaleza y los integre en un organismo urbano viable.

El otro es de carácter más puntual y se refiere a cómo puede subsistir un centro histórico de importante magnitud, que ha visto dividida por cuatro su población en tan sólo tres o cuatro décadas. Qué papel deberá representar ese centro en el conjunto de la ciudad y del territorio; cómo se debe articular con los otros sectores de la ciudad, y cuál puede ser el perfil funcional que le permita mantener unos adecuados niveles de vitalidad.

El centro histórico de Toledo constituye un ejemplo elocuente de la encrucijada en que se encuentran los centros de muchas otras de nuestras ciudades. El recinto amurallado aglutinaba, debido a su naturaleza, la ciudad completa y toda la diversidad de funciones que la ciudad comportaba. Con el crecimiento de la ciudad, el centro tiende a especializarse. Pierde indefectiblemente parte de su diversidad y de su carácter integrador y comienza a asumir determinadas funciones específicas en relación al conjunto de la ciudad. Así, la actividad comercial, muestra síntomas de perder la preponderancia que mantenía y tiende a concentrarse en el sector turístico; la residencia decae, como se puede apreciar por la evolución demográfica, no